

BENJAMÍN FRANKLIN

Thierry de Montbrial

Nuestro amigo Thierry de Montbrial publica en noviembre en las ediciones Syrtes un ensayo titulado Il est nécessaire d'espérer pour entreprendre. La primera parte está dedicada a personalidades que han vuelto célebre el tema de las relaciones entre pensamiento y acción. La segunda sitúa a Francia y a la construcción europea en una perspectiva de futuro a largo plazo. Para el autor, esto implica que las dos prioridades a las cuales debemos dedicarnos hoy son claramente las reformas de estructuras, para adaptar a Francia a la mundialización, y la reactivación de Europa. La tercera parte presenta algunas reflexiones más generales sobre el sentido de la historia y la evolución del fenómeno humano. Aquí publicamos un extracto de este libro próximo a aparecer, se trata del capítulo que, con motivo del tricentenario de su nacimiento a celebrarse este año, el autor dedica a Benjamín Franklin, "este gran polifacético, personificación norteamericana del siglo de las Luces, quien además desempeñó un papel significativo durante sus años parisinos, en vísperas de la Revolución". [Comentario]

París, diciembre de 1776

Benjamín Franklin nació en Boston, el 17 de enero de 1706. Setenta años más tarde, en diciembre de 1776, desembarcó comisionado por el Congreso continental (el único órgano de gobierno común a las trece colonias de 1774 a 1788) para obtener el apoyo de Francia -seis meses después de la Declaración de independencia de Estados Unidos en la cual había contribuido al dar a Jefferson lecciones de concisión en la escritura-, y para entonces una reputación inaudita lo precedía. Era, de acuerdo con una fórmula que algunos atribuyen a Turgot y otros a d'Alembert, el hombre "que le había arrancado el rayo al cielo y el cetro a los tiranos" (*Eripuit coelo fulmen, sceptrumque tyrannis*). Ya en dos ocasiones (1767 y 1769), había pasado por París en donde había conocido a algunos sabios. La Real Academia de Ciencias y la Real Academia de Medicina lo habían elegido como miembro. En aquellos tiempos, los científicos - como se dice actualmente- participaban en el siglo de las Luces, o al menos así se pensaba. "La filosofía natural" -así se llamaba entonces a la física- divertía a los medios distinguidos. En efecto, esta se prestaba a experimentos espectaculares, principalmente en el ámbito de la electrostática que estaba en plena efervescencia. Para los enciclopedistas, la filosofía natural anunciaba sobre todo el progreso de la civilización. Afamado por haber sido el primero que logró explicar los poderosos fenómenos eléctricos que se producen en la atmósfera terrestre y sobre todo porque esto lo llevó a descubrir un invento inmensamente útil en la vida de los hombres, Franklin era visto como un benefactor de la humanidad. También se sabía que provenía de una familia numerosa y modesta, que había hecho fortuna en la imprenta y en la edición -publicaba principalmente un famoso almanaque- y que había contribuido de manera decisiva a dotar a Filadelfia de la mayoría de sus instituciones de interés general. Filadelfia, capital de Pensilvania, la colonia fundada en 1682 por William Penn para la comunidad de los cuáqueros, no tenía más que unos 30,000 habitantes cuando Benjamín Franklin, a la edad de 17 años, se había lanzado a la aventura. Quizás se quería olvidar el primer proyecto de Constitución que ya había elaborado en 1754 (puesto que el segundo precedía por muy poco su llegada a Francia). En aquel año había escrito: "Me gustaría creer que, gracias a una unión como esta, el pueblo de Gran Bretaña y el de las colonias podrían aprender a considerarse, no como si pertenecieran a dos comunidades diferentes, con intereses diferentes, sino como una sola comunidad con los mismos intereses, lo que, imagino, debería poder contribuir a reforzar el todo y a disminuir en gran medida el peligro de una futura separación". Porque dicho proyecto de unión, fracasado y ya lejano, se había concebido para echar a los franceses del valle de Ohio, el cual unía Canadá con Louisiana. Pero la lucha en las colonias había concluido con el tratado de París (1763) y con el abandono de las ambiciones de Francia en esta parte del mundo. Habían

transcurrido trece años desde la conclusión de este tratado y las circunstancias habían cambiado.

Se sabía, por supuesto, que el inventor del pararrayo había realizado dos largas estadias en Gran Bretaña, además de la que había hecho a la edad de dieciocho años, en la época en que levantaba el vuelo. Primero, durante cinco años (1757-1762), había servido como agente de la Asamblea de Pensilvania, que le había confiado la misión de encontrar una solución a los conflictos entre la población y los propietarios de la colonia. Después, durante más de once años (1764-1775), Franklin se había convertido en el representante, no solamente de Pensilvania, sino también de Massachusetts, Nueva Jersey y Georgia. Progresivamente, su mandato se había extendido a una cuestión mucho más amplia, la del derecho de la metrópoli a recaudar impuestos a los súbditos de ultramar, cuestión que prendería el fuego a la mecha. Fue durante esta segunda estadia cuando nuestro héroe, por mucho tiempo gran admirador de Gran Bretaña y de su imperio, había terminado por unirse a la causa de la independencia.¹ Efectivamente, las circunstancias habían cambiado.

Todas las condiciones estaban pues reunidas para que este hombre, que a partir de entonces personificaba al mismo tiempo el espíritu del siglo de las Luces y la aversión hacia los británicos, fuera recibido por la buena sociedad parisina con consideraciones excepcionales, por no decir únicas. Gracias también a sus notables habilidades, a su sencillez (se presentaba modestamente vestido, sin peluca, sin perfume y sin encajes), gracias a su encanto, Benjamín Franklin debía de ser adulado por las grandes familias, los Choiseul y los Montmorency, los Broglie y los La Rochefoucauld. ¿Cómo imaginar que él, a quien la aristocracia británica había despreciado, no fuera sensible a todo esto? Por lo demás, la popularidad de este viejo señor entre las damas, que ya es leyenda, dio pie a muchas habladurías por parte de los puritanos. En aquella época, como hoy en día, un gran embajador debía distinguirse entre la buena sociedad del país que lo acogía, y, en este aspecto, el éxito del niño prodigio de Boston sigue siendo insuperable. Maestro en sacar provecho político de las mundanerías, Franklin dominaba más generalmente el arte de la comunicación, el cual había llevado muy lejos con sus publicaciones en Filadelfia. A menudo, la imprenta que había instalado en su residencia de Passy –en el hotel Valentinois– se presenta como una distracción. En realidad, hizo de ella un formidable instrumento de propaganda. Sin embargo, en lo que respecta al poder, las cosas eran más complicadas. Le inspiraba una gran aversión a Luis XVI, de quien incluso se dice regaló a la condesa de Polignac un orinal de porcelana de Sevres decorado con el retrato del “querido Doctor”. Quizás, el rey presentía que más allá de la independencia de las colonias y del debilitamiento que esto podría acarrear para Gran Bretaña, la imagen que el “querido Doctor” proyectaba del Nuevo Mundo prefiguraba el fin del absolutismo en el Viejo Mundo. Su ministro de Asuntos exteriores, el conde de Vergennes, se había pronunciado claramente a favor del apoyo a las colonias sublevadas desde 1775. Pero, entre una ayuda discreta e indirecta (como la practicaba Beaumarchais) y un compromiso abierto y sustancial de la monarquía hacia los norteamericanos, existía un abismo. Es cierto, Vergennes y Franklin, los dos personajes centrales de la obra, eran cómplices. Pero el primero no podía hacer nada sin el acuerdo del monarca. A las reticencias de las que hablé se añadía la desastrosa situación financiera de Francia. En cuanto al segundo, su tarea era mucho más delicada puesto que el apoyo con el que contaba en su propia tierra no era infalible. Debía llegar a un acuerdo con sus colegas, principalmente con John Adams y John Jay, a quienes tanto él como Francia inspiraban gran desconfianza. Una situación así no es rara en diplomacia. Muy a menudo, en materia de negociaciones, las dificultades provienen al menos en igual medida tanto del propio campo como de la parte contraria.

Los tratados de 1778 y de 1783

Me limitaré a recordar de manera breve algunos de los hechos esenciales de ese momento fundador de Estados Unidos, transfigurado en el ritual de las relaciones franco-estadounidenses en las que participa el tricentenario que celebramos. El 17 de octubre de 1777, un ejército inglés, que venía de Canadá, capitula en Saratoga. Este éxito favorece la causa de la independencia y da valor a sus partidarios. Nada es más

atrayente que una victoria. Franklin siente que el momento es propicio no solamente para concertar un tratado de amistad y comercio con Francia, como lo demandaba el Congreso, sino para sellar una verdadera alianza. Francia debería renunciar a toda pretensión territorial en Norteamérica y comprometerse a apoyar a Estados Unidos hasta lograr una completa independencia, con la promesa, por ambas partes, de no firmar por separado un acuerdo de paz con Gran Bretaña. Gracias a la obstinación de Franklin, estos dos tratados se firmaron el 6 de febrero de 1778. Ese día, vistió simbólicamente el mismo traje raído que usó durante su comparecencia frente al Consejo privado, un episodio humillante que, cinco años antes, había marcado su última estadía en Londres. Dicho esto, aún serán necesarios cinco años para concluir esta etapa, durante los cuales algunos nombres que se han vuelto ilustres como Rochambeau o Suffren se distinguieron por apoyar la causa norteamericana. Durante ese tiempo, la ayuda francesa alcanzó el considerable monto de 47'500,000 libras, esencialmente gracias al talento de nuestro héroe, el cual nunca dudó en practicar una sutil forma de chantaje para lograr sus fines. Con esto, lo único que hacía era mostrarse como un buen diplomático. Mientras que el Congreso acusaba al gobierno francés de tacañería, he aquí lo que escribía Franklin después de un incidente entre uno de sus colegas y Vergennes: “Es mi intención, en tanto que esté aquí, dar a mi país todas las ventajas, comprometiéndome a agradar a la corte; y deseo impedir a mis conciudadanos decir cualquier cosa que pueda tener un efecto contrario y expandir la opinión, que ya circula aquí, de que nosotros buscamos un desacuerdo con el fin de reconciliarnos con Inglaterra”. Señalo de paso que las deudas contraídas por Estados Unidos no serán rembolsadas más que de manera muy parcial, así como, posteriormente, las de Francia en los momentos más sombríos de su historia.²

No obstante, Inglaterra terminó por convencerse de que no podía ganar. Los tratados de paz serán firmados en París y en Versalles a principios de septiembre de 1783, tras casi diez meses de difíciles negociaciones, durante las cuales el compromiso de Estados Unidos de no convenir la paz por separado será puesto a ruda prueba. Franklin será un actor esencial.

El “sabio de Passy”, como se dio por llamarlo, todavía permaneció en este lugar alrededor de veinte meses. “Cuando dejó Passy”, cuenta su colega Jefferson, “fue como si el pueblo hubiera perdido a su patriarca. Al despedirse de la corte, lo cual hizo por correspondencia, el rey le envió sus calurosas felicitaciones y puso a su disposición una litera tirada por sus propias mulas, el único medio de transporte que podía soportar en su estado [el de Franklin]”. En efecto, por ese tiempo el desafortunado padecía violentas crisis de gota y cólicos nefríticos. Escribió a su gran amiga Madame Brillon que dejaba el país que más amaba en el mundo. “No estoy seguro de ser feliz en Norteamérica, pero es necesario que vuelva a ese lugar. Me parece que las cosas están mal dispuestas aquí en la tierra cuando veo que los seres tan hechos para ser felices juntos están obligados a separarse.”³ Quizás hay aquí algo más que una forma de cortesía. Franklin -un gran maestro en el arte del *networking*, como se diría actualmente- no solamente había logrado construir una red que lo había sostenido en su acción diplomática en París. Su éxito también se había basado en su adhesión al arte de vida de la buena sociedad francesa de finales del siglo XVIII. Francmason activo, había acompañado a Voltaire durante su iniciación en 1778 e incluso se había convertido en el presidente de su logia, sucediendo al astrónomo Lalande. Nombrado miembro de la Comisión encargada de investigar sobre el mesmerismo por el gobierno francés, desempeñó su papel en la condena a esta práctica. Dicha anécdota y tantas otras explican que, aún hoy en día, y más allá de la gran política, el nombre de Franklin permanezca sólidamente vinculado a Francia. Difícilmente se puede pensar en un París sin la calle que -desde 1791- lleva su nombre en Passy, ahí donde vivió durante los años de surgimiento del Nuevo Mundo.

Dejemos provisoriamente al hombre político, al diplomático o al hombre de Estado, y hablemos del sabio. En cierto sentido, por supuesto, todo está relacionado. El renombre de Franklin hizo mucho para facilitar su trabajo de hombre público. Ha sucedido en la historia que celebridades científicas desempeñen algún papel en la vida pública, valiéndose de la aureola de “sabios” que les rodeaba. Así, más cerca de nosotros, las posiciones políticas de Albert Einstein recibieron una gran publicidad, incluso si el creador de la teoría de la relatividad había declinado la presidencia del nuevo Estado de Israel que se le había ofrecido. Todavía más reciente, la disidencia de Andrei Sakharov contribuyó a la degradación del *soft power* de la Unión Soviética, para retomar la famosa expresión de Joseph Nye, es decir del poder que el prestigio confiere. Esta degradación aceleró la caída de la URSS. En tales ejemplos, los hombres de ciencia ejercen su juicio crítico, poniéndose del lado de la sociedad civil. Pero si nos ponemos del lado de los gobiernos, es decir de la organización de la que cada sociedad humana tiende a dotarse para actuar en nombre de su interés colectivo, me parece que casi no hay un solo ejemplo en donde un hombre de ciencia -conocido como tal- haya ejercido una acción más significativa que la de Benjamín Franklin. Quizás, las cualidades necesarias para destacar en las dos actividades, el descubrimiento científico y el gobierno de los hombres, son ampliamente antinómicas. El “fenómeno Franklin” podría ser entonces una singularidad, y tal vez en un momento más encontremos una explicación a esto debido a la forma de curiosidad que lo caracterizó. Sin embargo, señalemos desde ahora que, en ciencia, nunca se elevó a las cimas conceptuales y que, en política, las tareas que asumió en calidad de organizador, parlamentario o diplomático, no incluyeron ninguna función ejecutiva superior, al contrario de sus sucesores, cofundadores de Estados Unidos, ya sea un Washington o un Jefferson. En el mundo de la empresa, también, es muy raro que un inventor sea igualmente un buen *manager*. Pero los contra ejemplos son más numerosos. El mismo Franklin fue uno de ellos. Actualmente, pensamos enseguida en un Bill Gates.

Para apreciar la contribución de Benjamín Franklin a la ciencia, hay que referirse al estado de la “filosofía natural” en la primera mitad del siglo XVIII. La revolución científica, es decir, en dos palabras, el surgimiento de una física cuantitativa, era espectacular. Así, los conocimientos teóricos en óptica habían progresado considerablemente en el transcurso del siglo precedente, principalmente con los trabajos de Descartes, Fermat y Huygens, al igual que en el ámbito de los gases con el descubrimiento de las leyes de la compresibilidad, a las cuales han quedado unidos los nombres de Boyle y Mariotte. Hasta la llegada de Einstein, ningún sabio igualará la gloria de Isaac Newton, autor en 1687 de las *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, denominadas más familiarmente las *Principia*. En esta monumental obra, recientemente reeditada en inglés con una nueva traducción y una guía de lectura,⁴ el genio de la física expone las tres leyes llamadas fundamentales de la dinámica, así como la ley de la gravitación universal según la cual todos los cuerpos del universo se atraen proporcionalmente a la cantidad de materia que contienen, es decir a sus masas, y en razón inversa al cuadrado de sus distancias mutuas. Esta extraordinaria realización teórica había abierto la vía a la explicación racional de una multitud de fenómenos naturales, empezando por el movimiento de los astros. Pero, en la época de la juventud de Franklin, otros fenómenos tan comunes como el calor o la electricidad seguían siendo mal entendidos. La naturaleza del calor era todavía muy misteriosa. La mayoría de los físicos, incluido nuestro héroe mismo, la consideraban un fluido no pesado bautizado como “calórico”. Fue necesario esperar hasta mediados del siguiente siglo, con Julius Mayer y James Prescott Joule, para descubrir la equivalencia del calor y del trabajo y el principio de la conservación de la energía. La termodinámica macroscópica pudo entonces levantar el vuelo, en espera de que el vínculo con la teoría atómica permitiera establecerla sobre los fundamentos sólidos de la mecánica estadística. Así pues, en el siglo XVIII, estaban perdidos en materia de calor.

La electricidad

Las cosas se moverán más rápido en el ámbito de la electricidad; la observación de fenómenos muy sencillos como el frotamiento o las descargas por contacto había hecho que se la conociera desde la antigüedad; y, en los inicios de la revolución científica, también se la consideraba como una especie de fluido, en latín *effluvium*. A principios del siglo XVIII, se conocían los dos tipos de electricidad, calificados como “vítrea” y “resinosa”, y el abate Nollet (1700-1770), preceptor de la familia real y profesor en la universidad de París, había propuesto, después de Charles-François Du Fay, administrador del Real Jardín de Plantas, una teoría que postulaba la existencia no de uno, sino de dos fluidos.⁵ Franklin, cuya curiosidad era una característica fundamental, empezó a interesarse en la electricidad en 1743, con motivo de una visita a Boston. Le pide a un amigo londinense, Peter Collinson, que le envíe material para realizar sus propios experimentos de los cuales le rendiría cuenta en una serie de cartas. Insistamos en el hecho de que en aquella época la experimentación era un pasatiempo de “filósofo” más que un oficio. Peter Collinson reunió y publicó dichas cartas en Londres en 1751. La obra se tituló *Experiments and Observations on Electricity, made at Philadelphia in America*. Un cuarto de siglo después, había tenido ya diez ediciones, en inglés, italiano, alemán y francés. Fue este libro lo que volvió tan célebre a su autor y, en gran medida lo que le valió ser elegido en la Royal Society de Londres y en la Academia de Ciencias de París, la cual, lo señaló de paso, se había fundado en 1666.

Sin entrar en detalles, me limitaré a dos puntos concernientes al contenido de las famosas cartas.⁶ El primero es la afirmación de la existencia de un fluido único, constituido por “partículas extremadamente sutiles”. Se dice que un cuerpo que posee un exceso de fluido está cargado positivamente. De igual manera, se dice que un cuerpo está cargado negativamente si por el contrario, se observa una falta de fluido. La electricidad, para Franklin, no se crea ni se destruye, solamente se transfiere. Postula que esta ejerce un efecto de repulsión sobre ella misma, pero atrae la materia que la contiene. Para explicar cualitativamente los fenómenos conocidos, hacía falta un eslabón que Franz Ulrich Theodosius Æpinus, director del observatorio astronómico de San Petersburgo, proporcionó en 1759. Æpinus completó las hipótesis de Franklin al suponer que en ausencia de una cantidad compensadora de electricidad, la materia ordinaria se repelía. Cualquiera que posea algunos conocimientos mínimos en física, reconocerá que no estamos muy lejos de la visión moderna, electrónica, de la electricidad, con esta particularidad puramente formal de que, debido a Franklin, actualmente continúa considerándose como “negativa” la carga elemental que seguramente ¡se consideraría “positiva” si se partiera de cero! Sin embargo, vista *a posteriori*, la teoría de los dos fluidos, defendida por Du Fay y por el abate Nollet, es tan buena como la de Franklin, y este juicio de valor se confirmó desde que se reconoció la existencia de los positrones, idénticos al electrón salvo por su carga. En otros términos, la contribución de Franklin, por más esclarecedora y por tanto útil que fuera, no tuvo ningún carácter decisivo. Una situación así no es rara en la historia de las ciencias, y la gloria que se vincula a un nombre es siempre el resultado de un fenómeno social complejo. Como mera información, podría añadir que fue necesario esperar los experimentos del ingeniero militar Charles de Coulomb entre 1784 y 1789, completados por los del italiano Volta, para llegar a una formulación cuantitativa realmente decisiva de las leyes de atracción y de repulsión de las cargas eléctricas, el verdadero punto de partida del electromagnetismo moderno. En 1864, dichos trabajos debían conducir a las famosas ecuaciones de James Clerk Maxwell, ciertamente el más grande de los físicos entre Newton y Einstein, con la triunfal síntesis entre el electromagnetismo y la óptica. De paso, recordemos que, hasta el descubrimiento de los fenómenos subatómicos, a finales del siglo XIX, no se conocían más que dos de las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza: la gravedad y la interacción electromagnética.

El pararrayo

El segundo punto concerniente a las cartas dirigidas a Collinson corresponde a la electricidad atmosférica.⁷ En efecto, lo que volvió famoso a Franklin no fue tanto su obra experimental y teórica sino la invención

del pararrayo, consecuencia de la opinión de que el relámpago no era otra cosa que un destello eléctrico de gran poder. En la segunda carta describe “el asombroso efecto de los cuerpos puntiagudos tanto para atraer como para repeler el fuego eléctrico”. En la cuarta de estas cartas y en una parte de la quinta (fecha el 29 de julio de 1750), desarrolla la analogía entre el trueno y la electricidad de las máquinas. La idea, por así decirlo, estaba en el aire. Todos los historiadores de ciencias están de acuerdo en este punto. En este ámbito, la ventaja de nuestro héroe sobre los otros es haber propuesto un experimento capaz de verificar su hipótesis. El proyecto está expuesto en el suplemento de la quinta carta. Se trataba de colocar una garita sobre una torre alta, con una banqueta aislante en medio, y hacer partir de esta banqueta una varilla de hierro puntiaguda que se elevaba treinta pies en la atmósfera. De hecho, los franceses Dalibard y Delor fueron los primeros en llevar a cabo este proyecto, en mayo de 1752. Al siguiente mes, sin conocer los trabajos de Dalibard y Delor, Franklin confirmó su hipótesis al utilizar lo que se ha llamado cometa eléctrica. Dicho dispositivo consistía en un gran pedazo de seda extendida sobre dos palos que formaban una cruz, con una punta de hierro unida a un hilo conductor de cáñamo; al final de este hilo se encontraba atada una llave, aislada de la mano por medio de hilos de seda. Ayudado por su único hijo, lanzó su cometa cuando pasaban algunas nubes de tormenta, y tuvo la dicha de sacar destellos de la llave. Este famoso experimento se ha convertido en una verdadera imagen emblemática, que ha quedado gravada como tal en las mentes de las personas. Muchos otros experimentos confirmaron ampliamente la hipótesis. Franklin concluyó de ello que era posible desviar los efectos peligrosos del rayo colocando encima de los edificios varillas de hierro conectadas al suelo. En septiembre de 1753, en una décimo tercera carta, expone en detalle por qué semejantes varillas podrían proteger contra los efectos del rayo. El trueno, escribe, no hace explosión sino hasta que los cuerpos conductores reciben la electricidad más rápido de lo que pueden transmitirla, es decir cuando están separados o divididos, cuando son demasiado pequeños o muy malos conductores. En consecuencia, prosigue, varillas metálicas no interrumpidas y con un espesor suficiente, podrían impedir completamente que la explosión se produjera, o bien, si esta se produjera entre la punta y las nubes, podrían conducir el rayo hasta el punto al que lleva la varilla. La utilidad de los pararrayos asombró el intelecto práctico de los norteamericanos, quienes enseguida lo utilizaron. El aparato se expandió también rápidamente en Europa -menos rápido en Francia a causa de la rabia del abate Nollet.

La gloria y el momento

Podríamos debatir largamente sobre la importancia real de los trabajos de Franklin y sobre su originalidad con respecto a lo que se hacía en aquella época. Esto tampoco es nada fuera de lo normal. Aún actualmente, algunos atribuyen la paternidad de la teoría de la relatividad limitada al holandés Hendrich Anton Lorentz o al francés Henri Poincaré. De hecho, de los cuatro grandes descubrimientos de Einstein (la relatividad limitada, la explicación del movimiento browniano, la del efecto fotoeléctrico y la relatividad general), sólo la cuarta estaba radicalmente fuera de su época. En ciencia como en otros campos, la celebridad obedece a un conjunto de factores cuya completa interpretación depende de la psicología y de la sociología. La gloria del mismo Einstein no podría explicarse por la fórmula en apariencia muy sencilla, $E=mc^2$, o *a fortiori* por otras ecuaciones infinitamente más esotéricas. El temperamento del gran hombre, su historia, sus combates políticos, su misma apariencia física hicieron eco con las sensibilidades de su tiempo. En todas las épocas, los nombres de muchos sabios o pensadores eminentes pueden permanecer casi totalmente desconocidos para el gran público, incluso para los públicos cultivados. El caso de un Luis Pasteur o de un Albert Einstein es muy raro. Por cada Werner Heisenberg, cuyas “relaciones de incertidumbre” han asombrado la imaginación de las mentes más ajenas a las matemáticas, o por cada Kurt Gödel, cuyos “teoremas de la incompletitud” se comentan hasta en las cenas, ¿cuántos genios como Richard Feynman (1919-1988) siguen siendo casi totalmente desconocidos? E, incluso, cité a propósito a uno de los más grandes teóricos del siglo XX cuyo nombre es al menos familiar para la mayoría de los estudiantes de física, ya que fue un gran profesor y el autor de un manual

todavía leído y respetado. En lo que respecta a Franklin, no creo que hubiera alcanzado la gloria si no hubiera vivido en ese momento fundador de Estados Unidos, cuando el surgimiento del Nuevo Mundo requería ídolos. Todavía en la actualidad, un autor como el premio Nobel estadounidense Steven Weinberg se cree obligado a presentar las contribuciones de su ilustre predecesor de una manera excesivamente aduladora.⁸

El inventor

En definitiva, creo que, para apreciar de la manera más justa al hombre que fue Benjamín Franklin, hay que tratar de entender su personalidad y hombres como Edmun Morgan, entre otros, han sabido expresar su muy excepcional riqueza.⁹ Un hombre no pasa por la vida con tantas realizaciones en ámbitos tan diversos si está desprovisto de voluntad, valor y un alto grado de disciplina personal. Estas cualidades, que Benjamín Franklin cultivó desde su más corta edad, tienen su otra cara. Así, nuestro héroe quizás no fue el marido o el padre perfectos conforme al ideal norteamericano, y por lo demás, sus biógrafos son más bien discretos sobre su vida privada. En todo caso, con las dotes que poseía, muy rápido mostró los talentos de un verdadero empresario. Más tarde, en sus actividades como negociador, debió superar muchos obstáculos, y sería ingenuo conformarse con la imagen del viejo sabio, bonachón y sonriente, que consigue sus fines porque todo el mundo se inclina ante él con respeto. Fue un sabio, pero un sabio combativo. Su curiosidad es su más importante cualidad. En cada momento de su vida, o casi, Franklin no dejó de aprovechar todas las oportunidades posibles para interrogar a la naturaleza. Así, él no podía beber una taza de té sin preguntarse por qué las hojas se acomodaban de tal manera y no de otra. ¿Por qué una gota de aceite permanecía compacta sobre un pedazo de vidrio, y se extendía hasta formar una muy fina capa iridiscente sobre la superficie del agua?... Su curiosidad lo condujo a enriquecer el conocimiento sobre la corriente del Golfo (*Gulf Stream*) con motivo de sus travesías trasatlánticas. Apasionado por los movimientos del agua, también lo estaba por los del aire y la atmósfera, lo que lo llevó a formular hipótesis innovadoras sobre los fenómenos meteorológicos. Franklin había nacido observador y experimentador, mucho más que teórico. Con riesgo de recurrir a una distinción ciertamente común pero ambigua, diría que era un espíritu mucho más concreto que abstracto y un pragmático mucho más que un intelectual, en todo caso ajeno al sentido de sistema y también lo menos ideólogo posible. Se servía maravillosamente de sus ojos para mirar y de sus oídos para escuchar. En esto, algunos físicos se asemejan a los artistas, pintores, escultores o escritores. De hecho, utilizaba igualmente sus dotes de observador para conocer, además de las cosas, también a los hombres. Una de las claves del éxito de Franklin fue ciertamente su conocimiento de los hombres, basado en un interés real a frecuentarlos (“Creo que me gusta la compañía”, decía), interés real que distingue muy bien a los maestros de la acción de los intelectuales “puros”, interesados en la teoría de lo humano más que en el humano. Buen conocedor de los hombres, un poco camaleónico, era pues un buen negociador; y, en cualquier situación, se dedicaba a buscar buenos acuerdos más que a imponer sus preferencias. La gente quería a Franklin porque él los quería.

También se destacaba en el arte de servirse de sus manos para reparar y fabricar -o hacer fabricar- aparatos. Así, su interés por la circulación del aire se concretó con el perfeccionamiento de una estufa de gas (*Franklin Stove*), cuyas características de funcionamiento han permitido mejorar ampliamente la calefacción doméstica. También fue el inventor de los lentes bifocales. El término “inventor”, en su acepción más popular, le conviene maravillosamente bien. Un poco como Leonardo da Vinci, imaginaba técnicas futuristas, por ejemplo para ampliar la eficacia de la navegación. No intentaré en vano enumerar y comentar todos sus hallazgos. Es importante señalar, antes que nada, su inmensa y realmente simpática curiosidad por la naturaleza y por los hombres, misma que lo acompañó toda su vida, incluso si, a partir de los años 1750, abandonó los experimentos científicos para concentrarse en el servicio público. Utilizo aquí la expresión servicio público no en su sentido francés actual, que se relaciona con el Estado, sino en

su sentido anglosajón de siempre -enraizado también en una concepción de fiscalidad- que hace referencia al interés general, mismo que se apoya, esencialmente, no en los órganos del gobierno, sino en los mismos ciudadanos y las asociaciones que ellos crean.

Abordamos un rasgo esencial de la personalidad de Benjamín Franklin. Hizo fortuna muy pronto, pero nunca fue un hombre de dinero. Entró en contacto con la ciencia, pero la consideró sobre todo como una “divertida filosofía”, finalmente secundaria en relación con el servicio inmediato del interés general. Siempre se rehusó a patentar sus inventos, como el pararrayo, que habría podido retribuirle rentas colosales. En todas sus empresas, quiso primero ser directamente útil a su prójimo. Cuando, en 1748, a la edad de cuarenta y dos años, decidió retirarse de la vida de los negocios para dedicarse a la vida pública, su madre se lo reprochó. Se ha conservado una carta que él le dirigió dos años más tarde, en donde escribe que después de su muerte “yo preferiría que se diga «llevó una vida útil» más que «murió siendo rico»”. El *Poor Richard Almanach* que publicó cada año, de 1733 a 1758, abunda en aforismos y notas sobre la cuestión del dinero. Así el “Pobre Richard” señala que “Content and Riches seldom meet together”. Nosotros diríamos: el dinero no da la felicidad. Franklin estaba asombrado por “el punto débil de la Humanidad, [que consiste] en la persecución sin fin de la riqueza”. Incluso se lee esto en el almanaque: “Si sus riquezas son tuyas, por que no se las lleva al otro mundo?”, ya que “la única ventaja que existe en tener dinero es utilizarlo”. En una carta a un amigo, Franklin escribe: “Aquello que tenemos y que excede a lo que podemos utilizar no es realmente nuestro, aunque lo poseamos”. Evidentemente, este pensamiento va muy lejos. De la misma forma en 1750 expresa claramente la idea de que es más importante dedicarse al servicio público que a la ciencia. Pero no se considera un superhombre. También se da cuenta, con una lucidez que no deja de ser ingenua, que no es insensible a los elogios y que aquellos que pretenden serlo son unos hipócritas. ¡A decir verdad, fue un maestro en el arte de la autopromoción!¹⁰

Las trece virtudes

Vemos entonces que Benjamín Franklin tiene ideas muy claras de su misión en la tierra. Sin embargo, siendo todavía un niño, tomó su distancia de las Iglesias. Para este hombre que quería pensar por sí mismo, la predestinación no tenía ningún sentido, no más que el pecado original. Típicas de él son frases como: “Es posible que algunas acciones sean malas porque la Biblia las prohibió, o buenas porque la Biblia las recomendó, y sin embargo es probable que dichas acciones hayan sido prohibidas porque son malas para nosotros, o recomendadas porque eran benéficas para nosotros”. O bien: “El pecado no es dañino porque está prohibido, sino que está prohibido porque es dañino... De igual forma ningún deber es benéfico porque es recomendado, sino que es recomendado porque es benéfico”. O incluso: “La moralidad o la virtud es el fin, la fe no es más que un medio que apunta a este fin; y, si alcanzamos este fin, poco importan los medios que hayamos empleado”. Desde el punto de vista religioso, Franklin fue pues un libre pensador y un deísta que ciertamente podía hacer suya la fórmula de Voltaire: “El universo me inquieta, y no puedo pensar que este reloj exista y que no haya un relojero”. Su actividad en la francmasonería corresponde a esta filosofía. Este observador admirador de la naturaleza no podía ser más que tolerante. Además, detestaba las querellas públicas y era mejor conversador que orador. Todo esto va unido. Su apertura frente a cuestiones religiosas ciertamente facilitó su inserción en la buena sociedad francesa, así como lo perjudicó ante algunos puritanos norteamericanos muy poderosos.

Para conocer mejor a Franklin, hay que dirigirse a la lista de trece virtudes que presenta en la segunda parte de su autobiografía, lista en la que efectivamente intentó inspirarse para conducir su propia vida. Hela aquí:

Templanza: No comer hasta la pesadez y no beber hasta la exaltación.

Silencio: Hablar sólo lo que sea conveniente para los demás y para uno mismo. Evitar conversaciones frívolas.

Orden: Que todas las cosas ocupen su lugar y que todos los negocios tengan su hora.

Resolución: Resolver hacer lo que se debe y ejecutar sin falta lo que se resuelve.

Frugalidad: No gastar más que aquello que venga en provecho de los demás y de uno mismo; no desperdiciar nada.

Trabajo: No perder el tiempo. Estar siempre ocupado en hacer alguna cosa provechosa; evitar las acciones innecesarias.

Sinceridad: No valerse de engaños en perjuicio de nadie. Pensar con inocencia y probidad y si se habla, hablar en concordancia con esto.

Justicia: No injuriar a nadie, ni omitir aquellos beneficios que se deben hacer.

Moderación: Evitar los extremos. No resentir las injurias más allá de lo que merecen.

Limpieza: No tolerar la suciedad en el cuerpo, en los vestidos y en la casa.

Tranquilidad: No desconcentrarse por las cosas de poca monta ni los accidentes comunes e inevitables.

Castidad: Usar de los placeres venéreos sólo para regular la salud o para crear una familia; nunca por lujuria, por debilidad y en menoscabo de tu propia paz y reputación.

Humildad: Imitar a Jesús y a Sócrates.

Edmund Morgan nota que al menos nueve de dichas “virtudes” no están directamente vinculadas a la moral: la templanza, el silencio, el orden, la resolución, la frugalidad, el trabajo, la moderación, la limpieza y la tranquilidad. Las otras cuatro, es decir la sinceridad, la justicia, la castidad y la humildad corresponden muy directamente a las relaciones con los otros, pero la concepción que Franklin desarrolla de la castidad no coincide de manera evidente con las exigencias habituales de la moral. Lo que salta a la vista es la ausencia en esta lista de cualquier referencia directa a la caridad o al amor, cuando, según Morgan y otros biógrafos, la caridad o el amor era el gran principio de vida de Franklin. Sabemos que para los cristianos, en principio, la caridad o el amor es la exigencia suprema, sin la cual la Fe pierde su sentido. Nadie ha expresado esto mejor que san Pablo, en el sublime capítulo XIII de la Primera Carta a los Corintios: de las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y el amor, el amor es la más grande. Notemos, sin embargo, que en Franklin está al menos implícita la presencia de las cuatro virtudes cardinales: el valor está presente, sólo que sería a través de la resolución; la justicia y la templanza (al menos en lo que concierne el comer y el beber) se mencionan explícitamente, y en la prudencia podemos ver un corolario de la moderación. Para responder a su propio asombro, Morgan propone la siguiente explicación: los cristianos, dice, pretenden poner el amor en la cima de su escala de virtudes, pero por desgracia es muy raro que lo practiquen, y en todo caso en este renglón no son mejores que los otros; en consecuencia, y conforme a su actitud general con relación a la religión, Franklin podría haberse dedicado a practicar la caridad o el amor en su vida, aun cuando evitara prestar atención a ello. En lo personal me inclino a creer esta interpretación; y hoy como en otras épocas, cada persona puede comprobar, desafortunadamente, que no existe una correlación evidente entre la práctica de la caridad y la práctica de la religión. Sobre este punto, Franklin tiene seguramente discípulos que lo ignoran. Modestamente, el inventor del pararrayo tan sólo pretendía ser útil, un criterio explícitamente presente en su sexta virtud (la aplicación al trabajo) e implícito en muchas otras. En cuanto a las nueve virtudes que Morgan considera en el mejor de los casos indirectamente vinculadas a la moral, podemos objetar que, al igual que en todas las reglas -incluyendo, por supuesto, las de las órdenes monásticas-, estas pueden entenderse como condiciones experimentadas en una práctica para llegar a las virtudes superiores como la caridad o el amor.

Con los padres fundadores

Este fue el hombre que tanto impresionó a Paris, en los albores del Nuevo Mundo y el crepúsculo del

Antiguo Régimen. Como sus admiradoras y admiradores habían dejado Francia, el anciano retornó a vivir entre sus compatriotas el resto de su vida. Dedicó los cinco últimos años de su vida a trabajar como en el pasado. No sin amargura. Su popularidad estaba en su cenit, pero le reprochaban haber pasado demasiado tiempo en un país papista y monarquista. Los Insurgentes habían disminuido los efectos de la alianza con Francia, convenida más por necesidad que por inclinación. Adams y Jay, en plena ascensión, se habían difundido atacando sus costumbres y sus compañías en un país que se señalaba por su ligereza y corrupción. Los defensores del puritanismo fortalecían sus clichés por el ejemplo de François de Moustier, el nuevo ministro de Francia, un viudo que no tuvo reparo en vivir en concubinato con su cuñada y partir a Estados Unidos en su compañía. Benjamín Franklin no pertenecía a la élite que gobernaba el país. Sus muy modestos orígenes, sus gustos, sus relaciones, la traición de su hijo natral quien permaneció fiel al gobierno inglés, todo separaba a este autodidacta tanto de los aristócratas del norte como de los propietarios de plantaciones del sur, quienes en lo sucesivo estaban al mando. Sin embargo, no dramaticemos demasiado. Aun así, desde su regreso, el octogenario de mala salud fue elegido para el Segundo Congreso continental. Durante tres años fue el gobernador de su estado, una función honorífica. Fue uno de los ocho delegados de Pensilvania en la Convención de Filadelfia que se reunió en mayo de 1787 para elaborar la Constitución, cuya presidencia fue atribuida a Washington. Como vecino, asistió regularmente a las sesiones. Las deliberaciones eran secretas, pero el diario de Madison nos proporciona datos preciosos. El papel de Franklin fue menor, pero intervino útilmente en varios debates esenciales. En el ámbito legislativo, estaba a favor del sistema unicameral, como en Pensilvania. Sin embargo, se reintegró al sistema bicameral proponiendo que el Senado fuera la Cámara de los Estados y la Cámara de los representantes la del pueblo. Era partidario de la creación de un ejecutivo, el cual quería que fuera limitado. Este federalista moderado se oponía al otorgamiento del derecho de veto al Presidente, así como a la no limitación de su mandato. En definitiva, la Constitución de Estados Unidos no correspondía a su ideal -más cercano a la Constitución de Pensilvania-, pero este hombre de compromiso tomó claramente partido por su ratificación, a la cual contribuyó significativamente en razón de su inmenso prestigio. El 17 de septiembre de 1787, día de la firma por parte de la Convención, demasiado débil para tomar la palabra, distribuyó reflexiones impresas que empezaban así: “Apruebo esta Constitución, a pesar de todos sus defectos” y terminaba con estas palabras: “Así pues, doy mi consentimiento a esta Constitución, porque no espero una mejor y porque no estoy seguro de que esta no sea la mejor posible”. Franklin había sido signatario de los cuatro documentos fundadores de Estados Unidos: la Declaración de independencia de 1776, que Jefferson había redactado, pero que él contribuyó a volver aún más contundente; los tratados de 1778 con Francia y de 1783 con Inglaterra de los que fue uno de los principales negociadores; y finalmente la Constitución de 1787, en la que influyó marginalmente pero que ayudó a hacer ratificar.

En los últimos años de su vida, al término de un largo proceso, el gran hombre tomó partido contra la esclavitud. Así, se había entusiasmado en Londres por la enseñanza de los negros y, en Francia, había conversado ampliamente con Condorcet, autor en 1777 de *Reflexiones sobre la esclavitud de los negros* (*Réflexions sur l'esclavage des Nègres*). En 1787, tomó la presidencia de la Sociedad Abolicionista de Pensilvania (*Pennsylvania Abolition Society*), sostenida por los cuáqueros. Sin embargo, renunció a presentar una petición en este sentido a la Convención, temiendo la reacción de los estados esclavistas del sur. Pragmático como siempre había sido, sabía que cada cosa tiene su momento y que el momento de la abolición no había llegado.¹¹

Un sabio que dos mundos reclaman

Benjamín Franklin murió el 17 de abril de 1790 y el París revolucionario no supo la noticia sino casi dos meses después. Ya idealizado en vida, su nombre conocerá en Francia una inmensa y durable apoteosis después de su muerte, un destino al que ninguno de sus compatriotas se acercará nunca. Entre

1815 y 1850, tanto en París como en provincia, se desarrollará una verdadera “franklinmanía”, al mismo tiempo elitista y popular. Auguste Comte llegará incluso a hablar de él como de un Sócrates moderno. En 1906, con motivo del bicentenario de su nacimiento, se erigió una estatua en la plaza del Trocadero que lleva la siguiente inscripción de Mirabeau: “¡El genio que liberó Estados Unidos y derramó sobre Europa torrentes de luz! El Sabio que dos mundos reclaman”.

Para concluir, ¿debería dejarme llevar por la grandilocuencia y basarme en la vida, real o mítica, de Franklin para entonar un himno a las relaciones franco-estadounidenses? Demasiado he practicado y estudiado estas relaciones, desde hace treinta años, para sucumbir a una tentación semejante. Puse demasiado interés en descubrir la personalidad que hoy celebramos como para proponerles un final tan contrario a su temperamento y, si me permiten decirlo, al mío. Las relaciones franco-estadounidenses siempre han sido difíciles e incluso, a veces, muy difíciles, pero con un fondo nunca desmentido de admiración, atracción y muy a menudo de encanto mutuo. Como todo lo que toca al ser humano, un fondo así no puede perpetuarse más que con un flujo sostenido de hombres y mujeres que encarnen la sustancia. En los inicios del siglo XXI, Estados Unidos y Francia siguen necesitando uno al otro. La política internacional tiene sus leyes, que son duras, lo que un Franklin sabía mejor que nadie. Pero está también la simpatía que se cultiva. Esto también él lo sabía, y lo practicaba. Y también está la sabiduría, tan universalmente necesaria y al mismo tiempo tan rara, y tan literalmente vital en los momentos de locura. Benjamín Franklin era realmente “el Sabio que dos mundos reclaman”. ¿Dónde está el que hoy nosotros reclamamos?

Thierry de Montbrial

Traducción de Érika Gil Lozada

1. En los años 1760, Benjamín Franklin puede ser considerado como un imperialista británico. Su americanización pues está precedida de una anglización sincera. Véase Gordon S. Wood, *The Americanization of Benjamin Franklin*, Nueva York, Penguin Books, 2004.
2. Véase el capítulo ii de la segunda parte.
3. El texto original está redactado en un francés más aproximativo. Benjamín Franklin aprendió esta lengua “sobre la marcha”, sin dedicarle esfuerzos sistemáticos.
4. Isaac Newton, *The Principia*, A new Translation by I. Bernard Cohen and Anne Whitman, preceded by *A Guide to Newton's Principia* by I. Bernard Cohen, University of California Press, 1999 [Existen traducciones al español, por ejemplo: Isaac Newton, *Principios matemáticos de la filosofía natural*, trad. Eloy Rada García, Madrid, Alianza Editorial, 1987, N. de la T.]
5. El abate Nollet es ante todo el autor de las célebres *Lecciones de física experimental* (*Leçons de physique expérimentale*), reeditadas en numerosas ocasiones, que dan una clara idea de los conocimientos de su época. Véase también la reseña de John L. Heilbron que le está dedicada en el *Dictionary of Scientific Biography*, vol. 10, pp. 145-198.
6. Véase la reseña de I. Bernard Cohen dedicada a Benjamín Franklin en el *Dictionary of Scientific Biography*, vol. 5, pp. 129-139.
7. En lo que sigue, tomo prestado de *La Historia de la física (L'Histoire de la physique)* de Johann Christian Poggendorff, publicada en 1883 y reeditada por las ediciones Jacques Gabay en 1993, p. 522 y siguientes.
8. Steven Weinberg, *The Discovery of Subatomic Particles*, Revised ed., Cambridge University Press, 2003.
9. Edmund S. Morgan, *Benjamin Franklin*, Yale University Press, 2002. Véase igualmente Gordon S. Wood, *The Americanization...*, *op. cit.*; J. A. Leo Lemay, *The Life of Benjamin Franklin: Journalist 1706-1730*, vol. 1, y J. A. Leo Lemay, *The Life of Benjamin Franklin:*

Printer and Publisher, 1730-1747, vol. 2, 2005. De la misma forma, podemos citar, en francés, la obra sintética de Claude Fohlen, *Benjamin Franklin, l'Américain des lumières*, París, Payot, 2000.

10. “Pero Franklin nunca eligió presentarse como uno de esos héroes de los que se hacen estatuas de mármol, y sus vanidades eran evidentes. Se había convertido en un maestro en el arte de hacer su propia publicidad, vigilaba sin cesar que se hablara de él en los periódicos, en especial en los que él mismo publicaba, y en parte era el inventor de la celebridad de la que gozaba en vida.” Christophe Collier and James Lincon Collier, *Decision in Philadelphia*, New York, Ballantine Books, 1986, p. 107.

11. Sin embargo, es conveniente interpretar con prudencia la posición de Benjamín Franklin sobre la abolición. De acuerdo con Christophe Collier y James Lincon Collier, “si era hostil a la importación de negros era por la simple razón de que temía que ellos ‘ensombrecieran’ a los ‘seres superiores’, especialmente los ‘adorables blancos y pieles rojas’. Era la actitud de los nordistas por excelencia: la esclavitud era sin duda inmoral y reprensible; pero, ya fueran libres o esclavos, los africanos no eran bienvenidos, y el objetivo final de la mayoría de los nordistas era purgar completamente la sociedad de su presencia” (*op. cit.*, p, 188).

Revue des revues, sélection de janvier 2007

Thierry de MONTBRIAL : « Benjamin Franklin »
article publié initialement dans *Commentaire*, N°115, automne 2006.

Traducteurs :

Anglais : Roger Leverdier
Arabe : Mostafa Maher
Chinois : Yan Suwei
Espagnol : Erika Gil Lozada
Russe : Ekaterina Belavina

Droits :

© Éditions des Syrtes pour la version française
© Roger Leverdier /Bureau du livre de Londres pour la version anglaise
© Mostafa Maher /Centre français de culture et de coopération du Caire – Département de Traduction et d'Interprétation pour la version arabe
© Yan Suwei/Centre culturel français de Pékin pour la version chinoise
© Erika Gil Lozada /Institut français d'Amérique latine pour la version espagnole
© Ekaterina Belavina /Centre culturel français de Moscou pour la version russe